

CONFERENCIA DE CLAUSURA: «LA OPORTUNIDAD IBEROAMERICANA»

Por el Excmo. Sr. D. Belisario Betancur, ExPresidente de la República de Colombia

Deseo agradecer al Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos de España, en cuanto institución convocante de este I Encuentro de las Ingenierías Civiles Iberoamericanas, la invitación honrosa que me hiciera participar en este acontecimiento. Es éste un encuentro de análisis y reflexión sobre temas que preocupan a los ingenieros civiles; les preocupan porque les competen en tanto que profesionales de un quehacer que está en el centro de la actividad de las comunidades en los dos lados del mar; y que tocan a su puerta como partes de la historia que termina y de la historia que comienza.

Sostenían los griegos que sólo en el término tercero comienza la perfección; era claro para ellos que existen el singular, el dual y el plural, identificando este último con el número tres, que ha sido desde entonces símbolo y base de toda formulación rigurosa. En la dualidad, como en la singularidad, el problema es el equilibrio que el triángulo posee por virtud propia.

Ante la inminencia del siglo XXI, los iberoamericanos pensamos en una definición triangular del mundo, a modo de estímulo para tejer soluciones a problemas que ya nos habitan; y para aprovechar la ventaja comparativa de esta oportunidad a fin de ponerla al servicio de las comunidades anhelantes, así como lo han hecho las Ingenierías Civiles Iberoamericanas en este Encuentro, en cuya clausura me es honroso participar.

Estamos frente a lo que comienza. El siglo XXI surge dotado de la carta de navegación que no tuvo un siglo XX prisionero del miedo y la violencia, empeñado ahora en ocultar sus páginas de guerra y angustia. Un ser nuevo recomienza el itinerario, 500 años después de que el navegante Colón inaugurara el mundo que se clausura. Y es lógico que estemos a la expectativa del amanecer, cada quien en busca del libreto con el papel que quiera cumplir: será necesario acordarse entre los actores, acerca de la arquitectura general del libreto que van a representar.

La tesis que sustento es la de que Iberoamérica está preparada para asumir el reto del siglo XXI como una partitura armónica, con democracias de origen popular, estables sistemas de leyes, economías ajustadas, una ecología humana en el pulmón de los ríos Amazonas y Orinoco cautelados por un prendizaje doloroso. Y con la conducta de que que prefriere entrar en la nueva centuria en compañía y no en solitario.

Es la historia la que confiere dimensión a hechos desconocidos aún por los contemporáneos o apreciados por ellos de manera fragmentaria no obstante su coetaneidad. Si esto se predica de los tiempos que corren en que los medios de co-

municación derogan la intemporalidad y el espacio, ¿qué no pensar de los habitantes del planeta en aquel inolvidable 1492? Con las perspectiva de cinco siglos se puede medir la trascendencia de los acontecimientos europeos de entonces, cuando las nociones de pertenencia territorial y política diferían de las actuales. Más que como europeos, los habitantes del viejo continente se identificaban en la inmediatez con su rey, su señor o su ciudad; y, en un ámbito amplio, como parte de la cristiandad, concepto fortalecido por las cruzadas y las guerras contra los musulmanes, y afianzado por la caída de Constantinopla en 1453, por la presencia turca en el Mediterráneo y por su avance a través de la Europa Central.

La esfericidad de la tierra era hipótesis delirante en cabeza de sabios que eran quemados en la hoguera por herejes; y la posibilidad de que existieran otros continentes, metáfora de la imaginación y la leyenda. Se salía apenas del mundo medieval signado por los incienso góticos y por comunicaciones tan rudimentarias que apenas se distinguían de las utilizadas en el esplendor del Imperio Romano: los hechos no se difundían o tardaban años en ser conocidos. Gran parte de los habitantes de Europa en 1492, sólo se percataron al cabo del tiempo de acontecimientos acaecidos en ese año como la toma de Granada por los reyes de Castilla y Aragón; el matrimonio real que unió a Gran Bretaña con Francia; la restitución de las plazas ocupadas por los ingleses, con lo que se dio fin a la Guerra de Cien Años. Para muchos pasó desapercibido que en España los judíos fueran expulsados; que en Roma se iniciara el pontificado de un español con el nombre de Alejandro VI; que muriera en Florencia Lorenzo de Médici; que cuarenta años después de inventada la imprenta en un taller de Maguncia, —invento cuyo fracaso se anunció de inmediato, porque la gente no sabía leer—, Elio Antonio de Nebrija publicara una gramática castellana, la primera escrita en lengua vulgar en Europa; y aún que aquel 12 de octubre, al mismo tiempo que moría en Italia Piero della Francesca, en una región ignota el navegante genovés Cristophoro Colombo descubriera nuevas tierras en nombre de los reyes de Castilla y Aragón, a los cuales a su regreso entregaba en Barcelona aborígenes y loros que hablaban lenguas extrañas pero empezaban a balbucir en español algunos vocablos gruesos que escuchaban a los descubridores. No pocos han intentado describir el asombro del europeo ante aquellos seres desnudos que veía por primera vez; y el asombro de los indios desnudos ante aquellos seres vestidos que también veían por primera vez, y que llegaban en extraños artefactos gigantesco. Y más de uno se hace todavía la pregunta de quién descubrió a quién.

Respecto del lugar al que llegó Colón, fue necesario esperar al duermevela del tiempo para situarlo en los conceptos: cuando apareció la expresión «el otro mundo», se pensaba en las



D. Belisario
Betancur durante
su discurso.

Indias Orientales. Diez años después de su regreso, aún no había en Europa conciencia plena sobre América, sino la sospecha vaga de una tierra nueva; y fuera de España, los viajes del Almirante no suscitaban la menor pasión, según historiadores franceses recientes, o por demeritar la épica colombiana o por la exigüedad de las noticias. Faltaba el viaje de Magallanes para que se apreendiese la diferencia entre los habitantes de territorios tan lejanos como Asia y América. Y se necesitaban, sobre todo, los descubrimientos de la tierra firme y las expediciones conquistadoras hacia el centro del continente: se iniciaban la era de los estados nacionales y la del colonialismo, mediante el cual Europa proyectaría su dominación sobre los pueblos de América, Asia y África.

Antes de 1492, los mayas, astrónomos, en su forma de medir el tiempo hablaban de la *cuenta corta* y la *cuenta larga*: pues bien, cuando se reflexiona acerca del alma americana, se percibe que una de las razones de los desaciertos está en la dedicación a forjar el destino en el escenario de la *cuenta corta*, es decir en el hoy que los científicos sociales denominan «coyuntura».

Siguiendo el itinerario del destino primero, debe nuestra preocupación centrarse en la cuenta larga para desvelar *los ríos profundos* que conducen a los estuarios del porvenir. Es en la cuenta larga en donde germina la utopía; y en donde la humanidad única que somos, entona los himnos de su ascenso en la historia. Ese éste el mismo pensamiento de Don Quijote, cuenta larga de nuestra esencia común; y el del escudero Sancho, cuenta corta de la diaria preocupación. Miremos la «cuenta larga» de Iberoamérica.

La niebla que ocultaba a América de la mirada del mundo y al mundo de la mirada de América, empezó a desleirse cuando llegaron aquéllas que el cronista identificó como «las naves in-

ventoras de regiones». Fue el descubrimiento una tarea inconclusa que ahora se retoma desde la voluntad propia del iberoamericano de descubrirse a sí mismo, como una manera de recuperar la visión de su totalidad. No es desacierto sostener, desde el Atlas estratégico y geopolítico de Gerard Chaliand y Jean Pierre Rageau; que América está ubicada en el centro del mundo, donde termina el océano Atlántico y nace el Pacífico, el mar de Vasco Núñez de Balboa.

¡Quinientos años desde cuando empezó la época que los indios mexica llamaron del «Quinto sol» o la del cumplimiento de la primera profecía del Chilam Balam de Chumayell! Hoy estamos juntos los herederos de ese ayer a quienes no cabe atribuir ni culpa ni gloria, pero a los que nadie excusará mañana la responsabilidad de la gloria o de la culpa, puesto que hemos sido convocados a diseñar el porvenir. Hacia ese mañana avanza la memoria. Cronistas de nuestros propios actos, nos preparamos a conmemorar no tanto las alegrías y nostalgias del pretérito cuanto a inaugurar la utopía de los compromisos que comienzan. Iberoamérica en el siglo XXI es tema que nos vincula; es aceptar la verdad de que el árbol de hoy habla de la semilla primera; y de que ambos son dimensiones de una esencia única e innegable que se proyecta a través de los siglos.

Para alcanzar aquella utopía trabaja la imaginación de Iberoamérica. Pensamos que si la política es el arte pragmático de lo posible, expresión que revela la limitación de la inteligencia, todo ideologismo utópico termina devorándose: es preferible seguir pensando en la política como en el arte de hacer posible lo deseable, en la perspectiva que otorgan los sueños. Sin esos sueños no puede vivir el iberoamericano, porque ellos hacen parte de su realidad; y en cuanto esto sea cierto, alentará el deseo de dimensionar la existencia inventando lo desconocido.

Si se mira a lo que ha sido el esfuerzo global que en los años anteriores han realizado los países del hemisferio para atender a la deuda sin detenerse y para modernizar sus estructuras de intercambio, se encuentran grados razonables de optimismo.

Ahora cuando el mundo ha tomado la determinación de reorientar su camino; cuando desde la economía unipolar se abre la expectativa de la globalización; cuando las naciones renacen fortalecidas en un propósito común, Iberoamérica entiende que tiene en sus manos las variantes de *la relación triangular*. En efecto, la realidad de los megabloques está cerca de nosotros: sus ventanas están abiertas a la América sajona, si bien su brújula sigue señalando el camino conocido del Atlántico que, para acceder a Europa, recalca en España. Pero otra perspectiva le señala el horizonte del megabloque asiático. El primer reto para Iberoamérica es el de determinar cómo se integra al mundo y es allí donde tiene que cumplir una tarea largamente postergada, para lo cual debe salir a recuperar el tiempo perdido.

En el comienzo de la última década del siglo XX, América Latina mantiene su fisonomía de continente intermedio, en el cual se dan los mismos contrastes de las áreas más pobres del mundo, pero alientan grandes esperanzas fundamentadas en la razón. El tránsito hacia la modernidad ha venido acompañado en nuestra región por procesos de urbanización acelerada, que han acentuado los rasgos bipolares de las grandes ciudades y aún de las aglomeraciones utopistas formulados por escuelas planificadoras que naufragaron en su propia ingenuidad, y terminaron refugiándose en los reductos adoloridos de unas urbes descompuestas, como ciudad de México o Sao Paulo. Frente a la incapacidad para llegar al fondo de las interrelaciones entre lo rural y lo urbano, la ciudad marginal se convirtió en campo en el cual se mezclan confusamente los gestos heroicos para sobrevivir, con el ámbito donde el establecimiento acumula en su contra cuentas de cobro, que el anarquismo amenaza con formular siempre, sin soluciones viables concretas. Lo cual crea el síndrome de marginalidad, cargado de desesperanza y turbulencia, que es el telón de fondo de no pocos de los movimientos subversivos supérstites y de los sacudimientos sociales.

Por consiguiente, la respuesta a la miseria que continúa aflorando como variable compatible en los modelos de financiamiento internacional para el desarrollo; no podía quedarse sólo en los enunciados programáticos o en ejercicios metafísicos de la realidad: debía traducirse en una voluntad política dispuesta a romper los dogmas académicos que prefieren no correr el riesgo de las hipótesis diversas. En ese propósito por neutralizar hasta un límite razonable el ideologismo de los signos monetarios, los países latinoamericanos se modernizan e internacionalizan, se ajustan en ocasiones con aumento doloroso de la deuda social sin pagar, lo que les acarrea desestabilización como en Venezuela y el Perú.

Amenos de tres mil días de la nueva centuria, el continente americano muestra los mismos signos contradictorios que marcan su historia de varios siglos. Sin embargo, nunca como ahora hubo tanta gente con tan alto grado de capacidad para discernir y también para reaccionar frente a las contradicciones e inquietudes del desarrollo. Clases medias se forman, surgen, se decantan; contingentes profesionales de técnicos

y empresarios convierten la región en la gran exportadora de talentos preparados a altos costos, que transferimos a los Estados Unidos, y a Europa, a título gratuito, a pesar de los recursos que ha significado su educación.

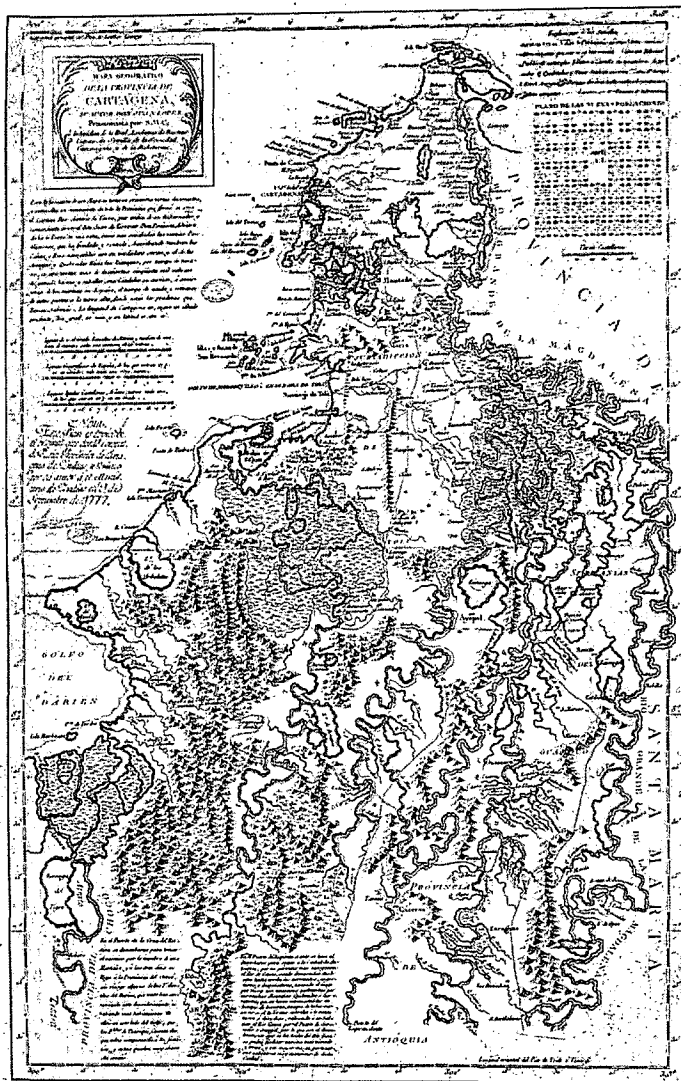
La deuda externa es uno de los elementos que suscitan mayores inquietudes hacia el futuro. Algunos análisis individuales llegan a conclusiones desesperadas, pero si se mira a lo que ha sido el esfuerzo global que en los años anteriores han realizado los países del hemisferio para atender a la deuda sin detenerse y para modernizar sus estructuras de intercambio comercial, se encuentran grados razonables de optimismo. Hasta hace poco, Bolivia se consideraba país inviable y México estaba en postración: hoy son ejemplo. Y Carlos Solchaga, ministro de economía, afirma que lo que ha pasado en los últimos meses en la economía argentina, es uno de los fenómenos más impresionantes de la historia económica mundial comparada.

No obstante, la inflexibilidad negociadora de algunos países acreedores acrecienta las contradicciones de un contexto crítico, mientras una conciencia delirante invierte todavía más de un millón de dólares cada minuto en armamentismo, cuando este dinero sería suficiente para resolver los problemas del tercer mundo.

América Latina enfrenta el advenimiento del siglo XXI con explicable desasosiego: se sabe miembro del mundo pero se siente a veces fuera de él; supone que hace parte de las *áreas negociables* del triángulo de poder económico que constituyen los Estados Unidos, Europa y Japón; siente que en el nuevo diseño del planeta tierra, no ha podido obtener billete de primera clase ni colaborar en la determinación del rumbo, y sufre el destino de una misión no cumplida. En el amanecer del siglo XIX, antes de que la independencia hubiese traspasado el límite de los sueños, el Libertador Bolívar lanzó la verdad de que América sólo sería grande si alcanzaba la utopía de su propia integración. No hubo región latinoamericana en donde no se hablara entonces de la necesidad de unirse a un destino que la identificara. Integración era el sueño pero la realidad fue la contraria dolorosa de las divergencias.

La región ha cargado modernamente el fardo de una tarea incumplida y si bien pueden reseñarse múltiples esfuerzos concretos de integración, es forzoso reconocer que ha faltado decisión política aunque haya habido voluntad política. Marcados por el peso de la dependencia negada en el ayer, reconocida hoy, enfrentamos la verdad de la prescindencia. Nuestra voz no cuenta en el mundo: es apenas un murmullo siempre detenido.

El nuevo diseño del mundo ha revelado la nostalgia de la integración, porque distinta sería la realidad si estuviéramos juntos frente al porvenir. Prisioneros de la bilateralidad, retardamos la multilateralidad, propósito que a veces fue tomado como una de aquellas herejías viscosas que ni siquiera valían la pena de ser pensadas. Cuán distinto sería si se afrontara el



Mapa de la provincia de Cartagena por Juan López.

presente integrados para la internacionalización de nuestras economías, que no forzados a cumplir el proceso de apertura para la integración y la internacionalización.

Hoy bordamos presurosos en los dos telares, con sus contradicciones y problemas. A cada paso de la internacionalización, corresponde una cita presurosa de integración, obligados a hacer la tarea del pretérito sin poder dejar de cumplir la del porvenir, pero con el riesgo de que ambas sean halladas ineptas. No queremos deslumbarlos con el pase de favor de la iniciativa Bush. La sabiduría popular dice que no han de colocarse todos los huevos en el mismo cesto y que la verdadera apertura debe cumplirse de cara al mundo. Una propuesta como la «Iniciativa de las Américas», despierta dudas y prevenciones: hay quienes recelan que es como cerrar el gallinero con las gallinas y el zorro adentro. ¡No hay alternativa cuando la propuesta es única! Y resulta irónico que 1992 celebre nuestra cinco veces centenaria vinculación de espíritu, cultura, propósitos y cosmovisión con Europa, con la forzada separación

propio en el escenario: ahora se pretende que haga mutis por el foro. ¿Por qué renunciar Europa a lo que signó su destino en el ayer? ¿Por qué enmarcar su libretto sólo en su propia dimensión mientras el de los Estados Unidos y el Japón tiene dimensiones hemisféricas? Tendría consecuencias negativas para la convivencia de las naciones, una dimensión artificial que repugna al espíritu. ¿Por qué renunciar la Europa humanista y pragmática al resto de la humanidad?

Sería un contrasentido que esta peligrosa bifurcación de nuestros caminos, se presentara en el momento en que la torre de Babel de las ideologías ha sido superada. Y cuando el mundo espera hablar hoy un mismo lenguaje. La democracia, con sus categorías, es una misma sangre que vivifica el planeta; y la cooperación y la solidaridad se erigen como fundamentos de la libertad y la justicia. Cuando todo ello se ha logrado, cuando cae el muro de Berlín, se levantan otros muros que aíslan el mundo acordado en lo fundamental de sí mismo.

No es exagerado decir que la única idea completamente original que ha producido Iberoamérica es aquella que no ha logrado hacer realidad, aunque son innumerables las elaboraciones recogidas en las historias del pensamiento. Iberoamérica elaboró la idea de la «Integración» como premisa necesaria para dominar y diseñar el futuro. Simón Bolívar en la Gran Colombia, clamó por ella; San Martín y O'Higgins, en el Cono Sur, lo hicieron también; Morazán y Benemérito Juárez fueron ecos creadores; el poeta cubano José Martí hizo la síntesis de este sueño en páginas que él denominó «Nuestra América», creando la frontera de un necesario deslinde.

Nuestra historia ha sido en gran medida la recopilación de la infidelidad a esta *utopía maestra* que hemos visto realizar en la Europa presente y que ahora —por fin— empieza a constituir la realidad de nuestras urgencias.

Padres de la integración, ella nos ha sorprendido golpeándonos en la espalda que le habíamos dado. Por ello ahora, frente a los desafíos del «nuevo mundo» que nace, en vez de hacer cierta la lógica de lo deseable que señalaba «integración para la apertura», hemos debido afrontar la realidad de asumir el único método posible, el de «apertura para la integración». Al ser interrogado Gabriel García Márquez por sus salvedades frente al V Centenario del Descubrimiento, respondió que todas fueron dirimidas en 1991 en Guadalajara (México), cuando los jefes de estado de Iberoamérica dieron a las celebraciones el contenido de la integración, como testigos los reyes de España y el presidente del gobierno español. Así avanza el Mercosur entre Brasil, Argentina, Uruguay y Paraguay. Así, con tropiezos, el Grupo Andino entre Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y quizá Chile; así, también, el Mercado Común Centroamericano; y así, en fin, el tripede México, Venezuela y Colombia.

Es ésta, tarea de urgente realización: y si algo marca el inicio del siglo XXI —así sea forzados por la necesidad—, es la dulce sospecha de que una Iberoamérica como totalidad, crea factores de poder y recobra su propia voz para acceder con dignidad al escenario del mundo: más de 400 millones de personas dependen de esta opción ya tomada, ante la certidumbre de que «si no luchamos juntos pereceremos por separado». Pero integración y apertura demandan cimientos comunes que hagan posible su estabilidad y su permanencia.

Es usual satisfacerse con la «cantidad» de democracia en Iberoamérica y solamente los lunares de Cuba, Perú y Haití emer-

Representación alegórica del descubrimiento de América (Estampa de la Biblioteca Nacional).



gen como testimonio de las metas que las otras repúblicas han cumplido. Sin embargo el interrogante de importancia remite a «calidad de la democracia»: hay quienes piensan que democracia es tan sólo ausencia de dictadura; pero no hay que confiar en la democracia como destino inexorable. Es una aventura la democracia latinoamericana. Lo es, porque sigue bajo la amenaza que evocaba Cesar Vallejo cuando hablaba de «aquél pan en la puerta del horno se nos quema». El siglo XXI demanda la calidad de democracia; la *cuenta larga* la exige y ella ha encontrado en la participación su mejor metodología y en la descentralización su mayor instrumento: hemos llegado de nuevo a la verdad del municipio y de la región como los espacios reales en donde es posible el desarrollo en términos humanos, en donde renace *el común* con las virtualidades que evocan a aquéllos que se hicieron realidad en las tierras ibéricas en el siglo XI, cuando la necesidad y la responsabilidad eran percibibles y en donde podía lograrse la armonía entre la necesidad del desarrollo y el desarrollo de las necesidades.

¿Cuál es la oportunidad de Iberoamérica en esta coyuntura? No se trata ya de darse un nombre o de buscar una identidad interior que se ha alcanzado en cinco siglos de simbiosis religiosa, cultural, de mestizaje, de enfrentar un mundo exterior en ocasiones hostil o indiferente; de derramamientos de sangre; y de dominación. Ni se trata de mantener la unidad de la lengua española, unidad aún inalcanzada en España, y que es honor nuestro. ¡El honor de hablar en la lengua de Cervantes y Quevedo y San Juan de la Cruz. Y de hacerlo como Borges, Rulfo y Octavio Paz! Se trata de la búsqueda de una acción conjunta con respecto al mundo exterior.

Iberoamérica es, por su cultura, proyección de la sociedad europea. Pero es, asimismo, parte de un mundo africano que dejó su huella por el peso de la esclavitud y el mestizaje. Y es, también, por historia, por la demografía y por la violencia de las estructuras culturales, parte de un mundo indígena, que a pesar del desplome impuesto, reivindica su presencia primitiva.

Latinoamérica no quiere lanzar su mirada tan sólo hacia el norte. El Atlántico que nos une a parte sustantiva de nuestra tra-

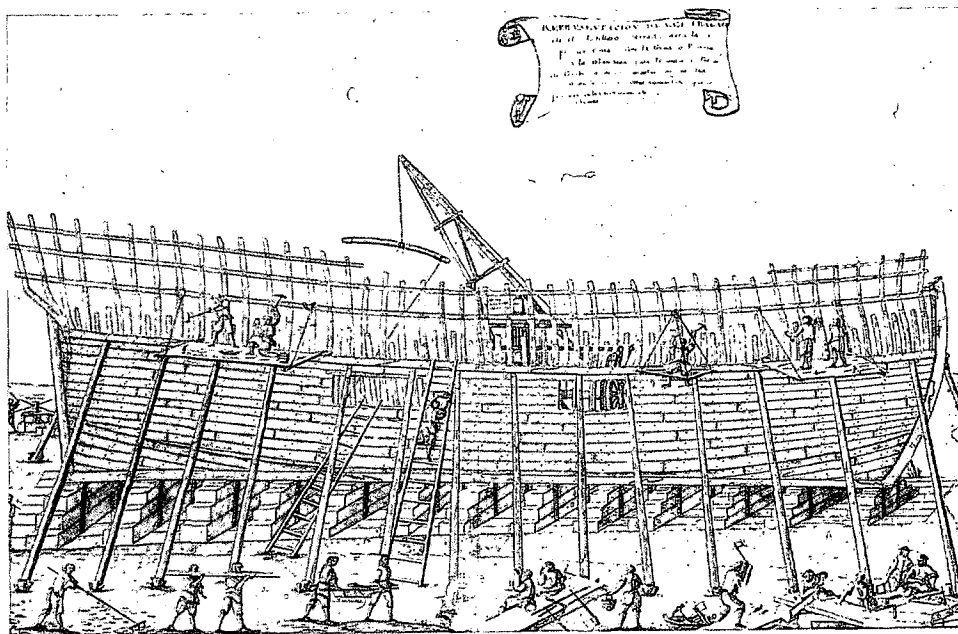
dición y de nuestra historia, es opción irrenunciable como lo es ese mar presentado y encontrado de Balboa, el Pacífico del siglo XXI.

Los triángulos de nuestro porvenir son dos: el triángulo Latinoamérica Europa y Estados Unidos, y el triángulo Latinoamérica, Estados Unidos, Asia. El historiador Germán Arciniegas, casi centenario en años y más que centenario en inteligencia, en una bella obra titulada «América en Europa» hace el balance de lo que este continente y no sólo España, han adquirido en ese diálogo de siglos. ¿Cuánto, americano, de ciencia, de filosofía, de arte, de costumbres, de horizontes geográficos no hay en Europa en el buen recaudo de la historia?

El libreto latinoamericano es agenda abierta en la cual el capítulo de la integración y la cooperación, debe ser escrito por nuestro propio esfuerzo; y el capítulo de la internacionalización, con el esfuerzo de cuantos aún consideren que conformamos una sola humanidad.

Sería necio pretender que Europa deje de mirarse a sí misma; pero es razonable esperar que, a semejanza de las antiguas ciudades, en sus murallas haya puertas abiertas que permitan ingreso y salida; que se convenga la manera de cruzarlas con bienes de consumo producidos en Iberoamérica; con el acceso a las redes de información y de tecnología, de unificación de normas técnicas, de inversión y de producción, de comercialización y almacenamiento de productos; y el impacto de una naturaleza viva que justifica la celebración de *la cumbre de la tierra*, en junio de 1992 en el Brasil. Para lo cual, Iberoamérica es la oportunidad por tener ya estados de derecho en vigencia contra nacionalizaciones y exportaciones; y un libreto riguroso de privatizaciones y de comercio libre para internacionalizar sus economías. Y ésta es la oportunidad de Iberoamérica.

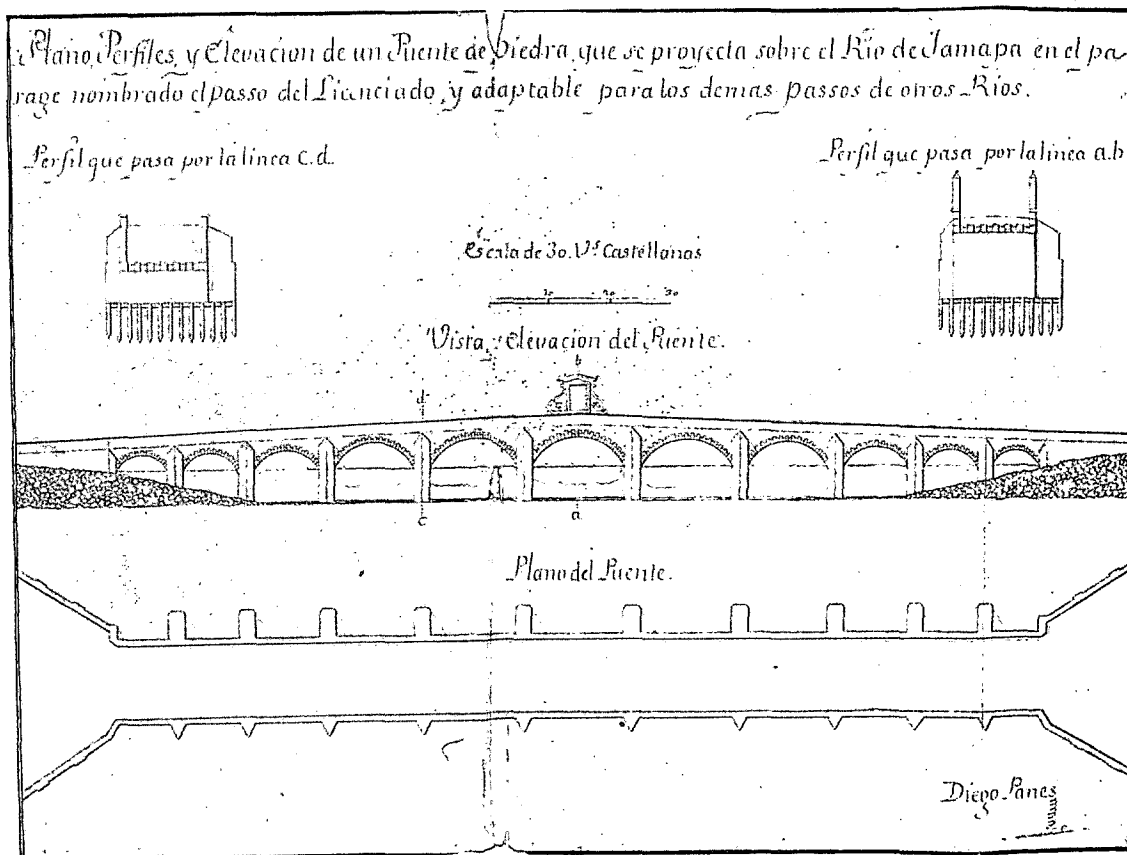
Hace 500 años llegaron a América bajo nombres innumerables, hombres que respondían a lo que hoy en el reino español constituye ejemplo de unidad en la diversidad: castellanos, extremeños, vascos, andaluces, hicieron posible lo que el mexicano José Vasconcelos denominó *la raza cósmica* y el colombiano Fernando González llamó *el gran mestizo*.



La construcción de una fragata según el manuscrito del Marqués de la Victoria. Siglo XVIII. (Museo Naval.)

Los primitivos pobladores se sintieron deslumbrados cuando los conquistadores españoles y portugueses los dejaban mirarse en ingenuos espejos, según relatan los Cronistas de Indias. Hace pocos años, miles de personas creyeron que García Márquez manejaba artes de brujería porque escribió «El amor en los tiempos del cólera» en Cartagena de Indias, mediante los apoyos de un microcomputador de uso doméstico:

conservo como joya uno de aquellos textos embrujados salidos del aparato misterioso. La resistencia anterior de nuestras comunidades al cambio en sus instrumentos ancestrales de trabajo, tanto como la de nuestras formaciones políticas tradicionales frente a la modernización del estado, quizá tengan explicación en aquella perplejidad atávica, de la cual hemos despertado en una madrugada tardía, al contrario de los



Los ingenieros militares fueron durante el S. XVIII los principales artificios de las obras públicas de Ultramar. A la derecha, proyecto de Diego García de Panes para un puente sobre el río Jamapa, en el paraje nombrado «El Paso del Licenciado». 1783.

Ayer salió Europa a la búsqueda de un nuevo mundo, impulsada por la aventura; ahora ha de hacerlo en razón a lo mucho que pueda aportar y a lo mucho que pueda compartir.

gallos llegados a América con el descubrimiento, los cuales cantaban a la medianoche americana pero al alba de su horario peninsular.

En Iberoamérica, rica en retos y abundosa en posibilidades, no hay lugar ni ocasión para la monotonía. Goya afirmaba que los sueños de la razón producen monstruos, pero existe la convicción de que los sueños del espíritu crean realidades propicias. Recobradas nuestras *señas de identidad*, estamos festejando con anticipación el «nuevo descubrimiento». Los indios guaraníes siguen anhelando el paraíso, como antes: lo hacen porque tienen la certeza de que el mundo quiere ser otro. Por eso, siempre tienen disposición para una «fiesta» que un día cualquiera habrá de ser celebrada.

Herederos de una cultura enriquecida por el pensamiento y la imaginación, por la intuición y la inteligencia, y por una realidad que se mueve entre lo maravilloso y lo profundo — que no son formas contrapuestas sino dos momentos de un mismo pensar—, sabemos de los desafíos que debemos cumplir. Somos conscientes de que hay que crecer con equidad; de

que la productividad y la eficiencia de las inversiones son la base para ese crecimiento, como lo son también el ahorro interno y externo; de que es imperativo insertarse en la economía mundial; de que la modernización de las economías de la región, es imprescindible para que apunten la eficiencia y la competitividad empresarial; y conscientes de que ha de adecuarse la educación al desarrollo de la ciencia y de la tecnología, para que germinen las actitudes que requiere un mundo nuevo, ya no exótico como el de 1492 sino deslumbrante por su audacia pragmática.

Pero es imprescindible que Don Quijote vuelva a cabalgar, y en la cuenta larga, no ya hacia la Insula Barataria de una Iberoamérica escindida de sus sueños, sino hacia el proyecto totalizador de una Iberoamérica que no conozca fronteras.

América Latina alienta la ilusión de que España cumpla ante el resto de Europa, la pedagogía de los grandes proyectos, y sea el rector y promotor de una *iniciativa para las Américas de factura europea*, bastante a contribuir a la superación de la polémica norte-sur que sobrevive y se afianza: 1992 señala la fe-



INFORMERGING, S.A.

C/. DOCTOR CASTELO Nº 5

28009 MADRID

TFNO. 5775580

FAX.: 5775601

Ingeniería e Informática

A S E S O R I A I N F O R M A T I C A

CURSOS DE AutoCAD

CURSOS EN NUESTRAS AULAS:

- 1 ORDENADOR POR ALUMNO
- MAXIMO 8 ALUMNOS POR AULA
- HORARIOS DE MAÑANA, TARDE o NOCHE
- TAMBIEN CURSOS EN SABADO

CURSOS EN SU EMPRESA:

- CURSOS DIRIGIDOS A LAS LABORES REALIZADAS EN CADA EMPRESA
- OPTIMIZACION DEL TRABAJO
- EN CUALQUIER LUGAR DE ESPAÑA

S E R V I C I O S

CENTRO DE CALCULO:

- CALCULO DE ESTRUCTURAS
- MEDICIONES Y PRESUPUESTOS
- MODELOS DE SIMULACION Y CALCULO
- DESARROLLO DE SISTEMAS EXPERTOS

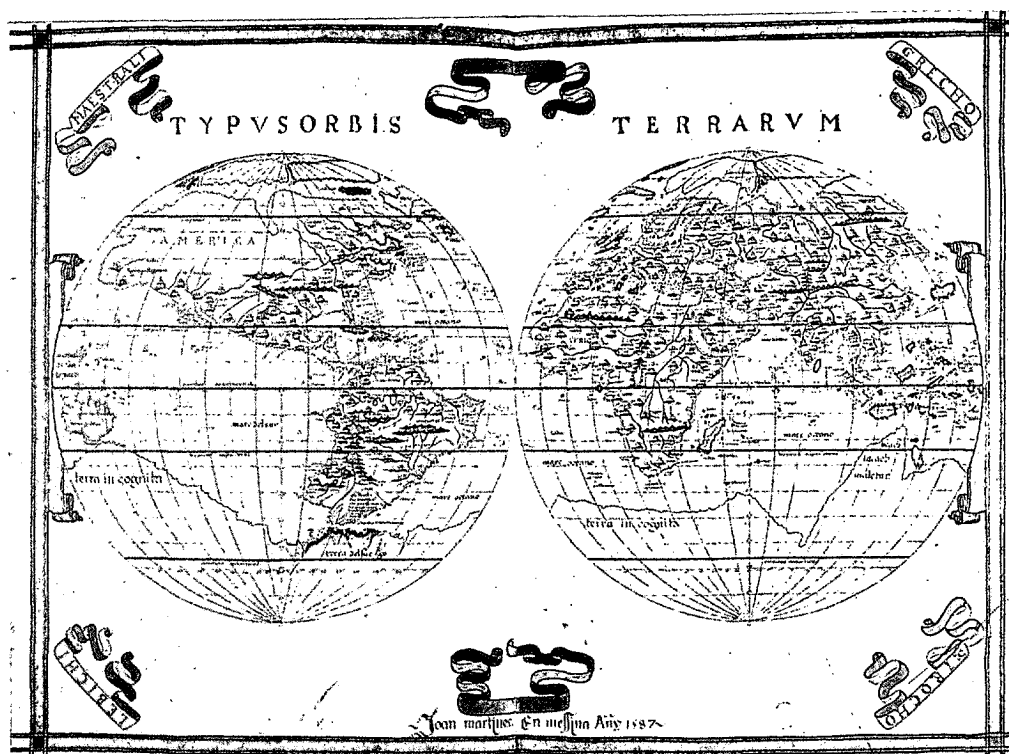
SERVICIOS DE CAD:

- DIGITALIZACION DE PLANOS
- DELINEACION CON CAD
- PLOTEADO DE PLANOS

DIVISION DE SUMINISTROS:

- ORDENADORES PERSONALES, DIGITALIZADORES, PLOTTERS,
- SOFTWARE TECNICO Y DE GESTION

INFORMATIZACION DE OFICINAS



El Viejo y el Nuevo Mundo en la obra de Joan Martínez. 1587.

cha de este testimonio. Que no vaya a acontecer lo que se oye ahora en México: «Ya vienen los norteamericanos. Adiós España». Lo que encarnaría una frustración, sería que 500 años después de la épica del Gran Almirante de la Mar Océana, Iberoamérica quedara convertida para España y para Europa entera, en aquel lugar *donde habita el olvido*.

Los días de la espera están contados: la «Feria Mundial de Sevilla» es el primer anuncio del *otro mundo* que se acerca. Conmemoramos 500 años de la llegada de Colón a unas tierras que juzgó otras; celebramos una hazaña en la cual la utopía fue el comandante real de las carabelas. El nuevo descubrimiento es fruto de la conciencia y de la voluntad. Ayer salió Europa a la búsqueda de un nuevo mundo, impulsada por la aventura; ahora ha de hacerlo en razón a lo mucho que puede aportar y a lo mucho que puede compartir. Es la hora del renacimiento de la «utopía». Hemos de soñar y de realizar juntos: don Antonio Machado pensaba que un corazón solitario no es un corazón. Tal es el «mester» que nace y al que hemos de obedecer. Es el momento de los «hacedores», como auguraba Borges. Es la hora de la *cuenta larga* para llevar a la vida nuevos modelos de sociedad tan decantados en todas las experiencias pero tan audaces, que signifiquen una revolucionariedad: el asturiano-uruguayo Enrique Iglesias, presidente del Banco Interamericano de Desarrollo, dice que en Iberoamérica se está produciendo una revolución silenciosa. Y Napoleón Baccino Ponce de León en su obra «Maluco» —la novela de los descubridores—, presenta la figura del cosmógrafo que responde a su capitán la pregunta de si avanzan hacia el Este o por el Oeste, con un silencio. Entonces el capitán se contesta sabiamente a sí mismo y afirma: «El destino de la flota no es otro que el punto del que partimos; sólo que lo alcanzaremos alejándonos de él».

Iberoamérica siglo XXI integra todas las memorias posibles. Entre nosotros el mundo ha hecho síntesis. Es ahora cuando comienza la historia en que se hace verdad el aserto de que el único elemento para sustituir la dependencia del pasado es

la dependencia del futuro. Para ello se requiere de la integración y de la cooperación. En ese orden de ideas, nada tan eficaz como la integración gremial de las ingenierías civiles en los dos lados del mar. Y nada que señale en tal sentido como el punto de partida de la Federación Iberoamericana de Ingeniería Civil, pues la ilumina el espíritu de cooperación al servicio a las comunidades: constructores de puentes, nada tan pontifical como esta iniciativa unificadora.

Tal es el viento que sopla en esta reunión en tierra de descubridores. En las salas fulgurantes del Museo del Oro en Santa Fé de Bogotá, hay 30 mil piezas, fundidas y elaboradas en aleación tumbaga, siglos antes del arribo de los descubridores. En las paredes hay testimonio de la literatura chibcha precolombina. Uno de ellos dice: «Nuestros antepasados eran unos sabios: solían reunirse a menudo a dialogar con su propio corazón».

Hegel, después de sustentar la tesis de la condición degradante de los aborígenes americanos, anticipaba que en la tarde de los tiempos el ave sagrada del saber dirigiría el vuelo hacia nuestra América: sería un contrasentido suponer que Europa la vaya a dejar expósta en su nido de hoy. Toda nación tiene en común su pasado: toda comunidad tiene en común su porvenir.

Algún personaje de una novela del caribeño Naipaul, sostiene que los iberoamericanos no sabemos si es bueno o malo lo que madrugamos a hacer cada día; lo único que sabemos es que aún no hemos sido descubiertos a plenitud, que todo está por hacer y que tenemos que seguir adelante. Esa fue la primera lumbre que vio Colón. Es allí donde germina nuestro destino. ■

Las ilustraciones de esta conferencia han sido tomadas del libro «Ingeniería española en Ultramar» de Ignacio González Tascón. Reproducidos por cortesía de CEHOPU. La ROP agradece muy especialmente las autorizaciones.